

tuyera las cuestiones políticas con las cuestiones sociales.”

Hace quince años que imprimí esas palabras. Algunos años después de haberlas publicado formé parte de un cuerpo político... Pero ya que me interrumpo, permitidme ser parco en apologías retrospectivas, porque no me placen. Creo que cuando un hombre ha difundido en doce ó quince mil hojas sus ideas, es difícil que añada algo más á su profesión de fé, y cuando recuerdo lo que he dicho, lo hago con verdadera sinceridad, con la certeza de que nada en mi pasado puede desmentir lo que digo ahora. Sentado esto, continúo.

Cuando formaba parte de la Cámara de los pares, llegó un día que en una de las oficinas en donde yo me sentaba se agitaron, á propósito de las falsificaciones comerciales, varias de las cuestiones que se acababan de discutir.

Oid lo que decía entonces: “¿Quién sufre en el estado actual?... Francia fuera; el pueblo dentro; Francia herida en su prosperidad y en su honor, y el pueblo quebrantado en su existencia y en su trabajo. En este momento, señores, empleo la palabra pueblo en una de sus acepciones más restringidas y más concretas; la empleo para designar especialmente á esa clase numerosa y trabajadora que forma la base de la sociedad; á esa clase, tan digna de estima por lo que trabaja y tan acreedora al respeto por lo que sufre. No lo oculto, señores, y sé que al hablaros así despertó vuestras más generosas simpatías: reservo un sentimiento cordial y fraternal hácia esa clase de hombres, sentimiento que comparten todos los que piensan. Todos, en grados diversos, somos obreros de la gran obra social. Pero los que trabajan corporalmente están bajo la custodia de los que trabajan con el pensamiento.”

Hé aquí de qué manera hablaba en la Cámara aristocrática, á la que tenía el honor de pertenecer. Esta palabra *tenía el honor* no os debe chocar. No busqueis en mí otro lenguaje: cuando ese poder estaba en pié, le combatía; ahora que está derribado, le respeto.

Siempre las cuestiones que se relacionan con el bienestar, con la dignidad y con la educación del pueblo han ocupado mi vida entera. Si lo dudais, entrad en el primer gabinete de lectura que encontréis y leed quince páginas tituladas *Claudio Gueux*, que publiqué hace catorce años, en 1834; en ellas vereis lo que yo

soy para el pueblo y lo que el pueblo es para mí.

El proletariado debe desaparecer, pero no soy de los que quieren que la propiedad desaparezca. ¿Sabeis si se matase la propiedad quién moriría? El trabajo.

Porque qué es el trabajo? El elemento generador de la propiedad. ¿Y qué es la propiedad? El resultado del trabajo.

No acierto á comprender el motivo por qué ciertos socialistas han presentado esta cuestión. Lo que yo quiero, lo que entiendo, es que la propiedad debe facilitarse al hombre que trabaja, y que éste debe ser sagrado para el que no trabaja, para que si llega un día á descansar, viva recordando lo que sufrió cuando trabajaba: este es el medio de mejorar sin cesar la suerte de los trabajadores. Este debe ser el objeto de una sociedad bien constituida: facilitar y suavizar constantemente la subida, muchas veces penosa, que conduce del trabajo á la propiedad, del estado de sufrimiento al de la dicha, del proletariado á la emancipación, de las tinieblas en que sufren los esclavos á la luz en que respiran los hombres libres. Dentro de la civilización verdadera, la marcha de la humanidad es una ascension continuada hácia la luz y hácia la libertad.

M. PAULIN: Jamás he pensado atacar las ideas y sentimientos de Victor Hugo; pero hubiera querido oírle pronunciar la gran palabra *asociación*, palabra que salvará la República y hará de los hombres una gran familia de hermanos.

VÍCTOR HUGO: También en esto, por muchos conceptos, podremos entendernos. No me esclavizo á las palabras tanto como vos. No creo que puede una palabra salvar al mundo; esto solo pueden conseguirlo los sucesos, y más que los sucesos, las ideas. Tomo, pues, la asociación, no como una palabra, sino como una idea, y voy á deciros lo que pienso de ella.

Me parece excelente, pero que no tiene tanto poder como se le atribuye, porque el hombre, por desgracia, no puede encontrar ni en el mundo físico, ni en el mundo moral, ni en el mundo político una panacea. Llegaríamos á la perfección, sí, por medio de una idea ó de una palabra que la representara, que pudiese resolver todos los problemas y decir: Abracémonos. Dios impone á los hombres trabajo más penoso. No basta concebir la idea, precisa extraer el hecho, y este es el grande y doloroso parto. Mientras éste se realiza, se llama revolución; cuando ya se ha reali-

zado, tanto el alumbramiento de la sociedad como el de la mujer, se llama emancipación.

Ahora nos encontramos en el período de la revolución, pero pienso como vosotros: la emancipación llegará!

Entre tanto, entendámonos.

Notad que si yo no he pronunciado la palabra *asociación*, he pronunciado con frecuencia la palabra *sociedad*. Y en el fondo de estas dos palabras, *sociedad* y *asociación*, qué existe? La misma idea: *fraternidad*.

Deseo la asociación como vosotros, y vosotros quereis la sociedad como yo. Estamos de acuerdo.

Deseo que el espíritu de asociación penetre y vivifique al universo entero. Tal es mi ideal; pero existen dos maneras de comprender este ideal.

Unos quieren hacer de la sociedad humana una inmensa familia.

Otros quieren que sea un inmenso monasterio.

Estoy contra el monasterio y en pró de la familia.

No basta que los hombres vivan asociados; precisa además que sean sociales.

He leído los escritos de algunos socialistas célebres y me ha sorprendido ver que tenemos, en el siglo diez y nueve y en Francia, tantos fundadores de conventos.

Pero lo que no hubiera jamás creído ni soñado, es que esos fundadores de conventos tuviesen la pretension de ser populares.

No concedo que sea progreso para el hombre trocarse en monje, y encuentro extraño que después de medio siglo de revoluciones realizadas contra las ideas monásticas y feudales, volvamos á tratar con tanto cariño sobre las interpretaciones de la palabra *asociación*.

Soy escritor algo benedictino, que he estudiado la Edad Media y comprendo la asociación como la veo explicada en escritos acreditados de ciertos socialistas; asociación que existió en Cluny y en Cîteaux y que hoy existe en la Trapa.

Quereis ir allá? ¿Considerais como la última palabra de las sociedades humanas el monasterio del abate de Rancé? Es un espectáculo admirable! Nada más bello; es la abnegación en su más alto esplendor: esos hombres no quieren nada para sí, todo lo quieren para el prójimo; mejor dicho, para Dios. No considero nada más bello, pero no considero nada menos humano.

Si quereis resolver de tan heroico modo

los problemas humanos, estad seguros de no llegar á vuestro objeto.

Aunque todo eso es muy bello, creo también que es muy malo. Sí; una cosa puede ser á la vez bella y mala. Reflexionad sobre esto, pensadores. Las mejores inteligencias, las más sabias en la apariencia, pueden engañarse, y viendo una cosa bella decir: Es buena. Pero no; ¡el convento, que es bello, no es bueno! ¡La vida monástica, que es sublime, no es aplicable! No es necesario que sueñe el hombre de modo distinto que Dios desea. Si quereis darle perfecciones imposibles, le quitareis sus cualidades naturales.

Reflexionad que el hombre convertido en monje, al perder su nombre, su tradición, su familia, sus vínculos naturales, ya no es un hombre, es un espíritu, un ser fuera de todo compromiso. Creéis haberle hecho subir muy alto, y mirad, le habeis hecho caer muy hondo. Precisa limitar, sin duda, el egoismo; pero en la vida, dada nuestra fragilidad, no conviene exagerar el olvido de sí mismo. Este, bien comprendido, se llama abnegación; mal comprendido, embrutecimiento. Socialistas, pensad en ello! Las revoluciones pueden cambiar la sociedad, pero no el corazón humano. Este es á la vez lo más tierno y lo más resistente.

Desconfiad de vuestro extraño progreso, pues vá recto contra la voluntad de Dios. ¡No quiteis al pueblo la familia para darle el monasterio!

M. TAYLOR hace constar que Victor Hugo estará siempre, sin duda alguna, dispuesto á defender ese fecundo principio de la asociación, porque es la asociación la que le eligió por candidato, porque habla en este instante ante la asociación de las asociaciones, y porque en realidad de ella recibirá el mandato que los artistas y los obreros quieren confiarle en nombre del arte y del trabajo.

M. AUBRY: Muchas personas que conozco y que no poseen la instrucción necesaria para juzgar las causas y los efectos, me han preguntado (cuando propuse por candidato al célebre Victor Hugo, á quien veré con satisfacción en la Cámara), me han preguntado, repito, por qué prometiendo combatir á los hombres que quieren ser, no ha hablado de combatir á los que han sido. En el momento actual, teme más la clase obrera á los individuos que se ocultan que á los que ha visto enfrente de ella,

Los republicanos que atentaron contra la Asamblea el 15 de Mayo; pero me equivoco, esos no son republicanos, y merecen que les aplaste el peso del desprecio; pues á los que se ocultan es á los que deseamos que nuestros representantes nos digan: Nosotros los combatirémos.

VÍCTOR HUGO: He escuchado con atención, y cosa extraña que á orador tan joven, que habla con facilidad tan distinguida y que expresa con claridad sus ideas, no haya podido comprenderle. Me ha parecido que indicaba que eran peligrosos (me valgo de sus propias expresiones), no solo los que quieren ser, sino los que han sido.

Comienzo por preguntarle: ¿Hablais de la familia que acaba de trastornar un movimiento popular? Si decís que sí, nada me es más fácil que contestaros.

M. AUBRY: Mi pensamiento no fué ocuparme de las personas, sino de los sistemas; no de Luis Felipe ni de Blanqui, sino del sistema de Luis Felipe y del sistema de Blanqui.

VÍCTOR HUGO: Me habeis llevado á mi terreno predilecto. Tratándose solo de sistemas, responderé con los hechos.

He sido tres veces par de Francia; he hablado seis como par; inserté en una carta, que publicaron los periódicos, los datos de mis discursos. ¿Por qué los publiqué? Todos pueden verlos en el *Monitor*. ¿Por qué ofrecí con profunda tranquilidad seis discursos á millones de lectores de los periódicos de Paris y de Francia? Porque sabia que ninguna de las palabras pronunciadas entonces estaria hoy fuera de propósito; porque los seis discursos que pronuncié ante los pares de Francia, los podría pronunciar ahora ante la Asamblea nacional. Este es el secreto de mi tranquilidad.

Quereis más detalles? ¿Quereis que os diga cuál fué el objeto de esos discursos? Pues os lo voy á decir.

El primer discurso, pronunciado el 14 de Febrero de 1846, lo consagré á los obreros, al pueblo, del que hay aquí distinguida y grave diputación.

Se presentó una ley que tendia á negar el derecho que el artista industrial tiene á su obra; yo combatí la injusta disposición de aquella ley, y la hice desear.

El segundo discurso lo pronuncié el 20 de Marzo del mismo año; los periódicos lo han publicado hace algunos dias; se refiere á la Polonia. El 1.º del siguiente Abril hablé por tercera vez, tambien

en favor del pueblo; se trataba de la cuestión de la probidad comercial, de las marcas de fábrica. Dos meses despues, el 2 y el 5 de Julio, volví á tomar la palabra en defensa y para proteger nuestro litoral, y señalando á las Cámaras el hecho grave de que las costas de Inglaterra estaban erizadas de cañones y las de Francia desarmadas.

El quinto discurso data del 14 de Junio de 1847. Aquel dia me levanté, á propósito de la petición de un proscrito, para decir al gobierno del rey Luis Felipe lo que sentí no haberlo podido decir dias antes al gobierno de la República: que es odioso desterrar y proscribir á los que castiga el destino. Pedia en alta voz —no hace un año todavía— que á la familia del emperador se la permitiera volver á Francia. Pero lo que la Cámara me rehusó, me lo ha concedido la Providencia.

El sexto discurso, pronunciado el 13 de Enero último, se referia á Italia, á la unidad de Italia, á la revolución francesa, madre de la revolución italiana.

Hablé durante tres horas; afirmaba que iba á estallar una gran revolución en la península italiana; la Cámara no lo creia; y el 13 de Enero, dentro de las mismas tres horas, mientras yo hablaba, sonó el primer toque de la insurrección de Palermo.

Mi manera de obrar, siempre independiente, puede considerarse tambien bajo otras formas. Recuerdo un suceso que quizá los autores dramáticos no habrán olvidado.

Ocurria en un momento memorable para mí; en el momento que recogia por primera vez el aplauso de la simpatía popular en el proceso intentado contra el drama *El rey se divierte*, cuya representación suspendió el gobierno y por cuyo hecho tomé yo la palabra. Nadie atacó con más energía y resolución al gobierno de entonces; podeis volver á leer mi discurso. Y ved aquí los hechos. ¿Pasaremos á las personas? Esto seria violento para mí. No, no atacaré á las personas; no, no cometeré la vileza de volver la espalda á los que se marchan y la cara á los que llegan; jamás! ¡jamás persona alguna me verá como vil cortesano lisonjear al pueblo, así como nunca he lisonjeado á los reyes!

Las lisonjas de los reyes, como las lisonjas del pueblo, nacen siempre de unos mismos hombres, á los que desprecio profundamente.

Quisiera que mi voz se escuchara en el boulevard; quisiera que mi palabra llegara á los oídos del pueblo leal, diseminado en este momento en las encrucijadas y que rechaza la proscripción; él, que ha estado proscrito tanto tiempo. Hace un mes que siento no haber podido asistir á la Asamblea nacional en dos dias especiales: el 15 de Mayo, para oponerme al crimen de lesa majestad que cometió el motin al violar el domicilio de la nación, y el 25 de Mayo, para oponerme al decreto del destierro. No me encontraba allí cuando esta ley inútil é inícuca fué votada por los mismos que sostenian la dinastía hace cuatro meses. Si me hubiera encontrado, me hubierais visto levantar lleno de indignación y cubierto de mortal palidez y decirles: "Habeis decretado una ley de proscripción, pero vuestra ley no es válida, es nula. Mirad cómo la Providencia pone ante vuestros ojos la prueba patente de lo miserables que son esas leyes. Teneis aquí dos príncipes, príncipes por el nombre; teneis dos príncipes de la familia de Bonaparte, á los que estais obligados á llamar para votar esta ley, y ellos, que viven bajo el peso de ley semejante, violan, votando la nueva ley, la ley antigua. Esos príncipes viven entre vosotros como una protesta viva del poder divino contra el poder humano."

Hé aquí lo que hubiera dicho, y siento no haberlo podido decir; pero estad plenamente convencidos que en cuanto la ocasión se me presente lo diré; formulo mi empeño ante la faz del pueblo. Jamás permitiré que en vuestro nombre se cometan acciones afrentosas. Depuraré los actos y quitaré la máscara á los hombres. Jamás atacaré á los individuos de los partidos derribados; jamás atacaré á los vencidos. Tengo la costumbre de tratar las cuestiones con cariño y no con odio.

Pláceme buscar el lado noble y conciliador de los asuntos, no el lado irritante. Jamás he faltado á esta costumbre de toda mi vida ni faltaré hoy. Y ¿por qué he de faltar? Con qué objeto? ¿Por la candidatura? ¿Es que creéis que ambiciono ser diputado de la Asamblea nacional? Solo tengo el anhelo del bombero que vé arder una casa y dice: ¡Venga un cubo de agua!

M. AUBRY: Lo que mis amigos piden es ver estigmatizados á los individuos que han votado la ley de proscripción y que nosotros no aprobamos. Si han proscrito la familia de Luis Felipe es por-

que temen que vuelva, porque se lo deben todo y han demostrado ser ingratos. A esos hombres debia marcárseles la espalda con un hierro candente.

No, no les queremos, porque siguen un sistema tenebroso. Lo prueban votando esa ley.

VÍCTOR HUGO: Pienso obrar como siempre obré: pienso vivir independiente, aunque tenga que quedarme aislado. No soy más que un espíritu pensativo, solitario y sério, y el hombre que ama la soledad no teme el aislamiento.

Estoy resuelto á obrar segun la luz que brilla en mi alma y que me enseña lo justo y lo verdadero. Estad seguros de que jamás seré víctima ni cómplice de las locuras de ningun partido. Tengo bastantes faltas y todos tenemos bastantes en nuestra humanidad para ir á cargar con el peso y las responsabilidades de las faltas de otros. Para mí la falta peor en el mundo es la falta comun. Lo mismo me vereis combatir á los nuevos partidos que quieren restablecer un pasado ruin, que combatir á los partidos viejos que quieren tambien reponer un pasado peor todavía.

No quiero una política que ataca á la Francia, no quiero una política que la ensangrentó. Lo mismo combatiré la intriga que la violencia, vengan de donde vengan. En cuanto á lo que llamais reacción, la rechazo, como rechazo á la anarquía.

En este momento, los verdaderos enemigos del bien público son los que dicen: "Precisa entretener la agitación en las calles, producir un motin desarmado é indefinido, que el comerciante no venda, que el comprador no compre, que el consumidor no consuma, que las bancarrotas privadas traigan la bancarrota pública, que se cierren las tiendas, que el obrero huelgue, que el pueblo esté sin trabajo y sin pan, que mendigue, que arrastre su angustia por el pavimento de las calles; entonces se hundirá todo!" No! ese plan horrible no triunfará! No! ¡Francia no morirá de miseria! ¡no es acreedora á tal suerte! No! ¡la gran nación, que ha sobrevivido á Waterlóo, no espirará en la bancarrota!

UN MIEMBRO: Que Víctor Hugo diga: No soy republicano rojo, ni republicano blanco, sino republicano tricolor.

VÍCTOR HUGO: Lo que me proponéis lo he impreso hace tres dias.

Me parece que es imposible ser más claro que lo fui en esa publicación. No quisiera que ni uno solo de vosotros es-

cribiese mi nombre en su candidatura y dijese al día siguiente: Me he engañado. ¿Sabeis por qué no digo, por qué no grito soy republicano? Porque muchísimos hacen alarde de esto. ¿Sabeis por qué guardo una especie de pudor y de escrúpulo en alardear de republicanismo? Porque veo á gentes que casi no lo son y hacen más ruido que vosotros, que estais convencidos de serlo. Hace veinte años que soy demócrata. Soy un demócrata antiguo. ¿Es que os agrada más la palabra que la idea? ¡Pues yo, yo os doy la idea, que vale más que la palabra!

M. MARLET: En nombre de los pintores pido el apoyo de Víctor Hugo en todas las cuestiones que interesen á la eleccion, al concurso, á los derechos de los artistas y á las franquicias del arte.

VÍCTOR HUGO declara que en esto tambien su pasado responde de su porvenir; que para defender las libertades y los derechos del arte y de los artistas nunca ha esperado que se le pidiera; que continuará siendo lo que siempre ha sido, el defensor y el amigo de los artistas, y que pueden contar con él incondicionalmente.

La Asamblea proclama por unanimidad candidato de las asociaciones reunidas á Víctor Hugo.

JUNTA DE LAS ASOCIACIONES

DESPUES DE TERMINADO EL MANDATO

Mayo, 1849.

Os devuelvo un doble mandato: el cargo de presidente de la asociacion, que hace un año tuvisteis á bien confiarme por unanimidad, y el cargo de representante, que vuestros votos, igualmente unánimes, me confirieron en la misma época. Traigo á la memoria esta unanimidad, por ser para mí este recuerdo caro y glorioso.

Señores, acabamos de atravesar un año laborioso. Gracias á la poderosa voluntad de la nacion, francamente significada á los partidos por el sufragio universal, puede en adelante un gobierno sério, regular y normal, funcionando segun la libertad y la ley, hacer que todo reflorezca entre nosotros, el trabajo, la paz, el comercio, la industria, el arte; es decir, puede poner á Francia en plena posesion de todos los elementos de la civilizacion.

Esto es, señores, un gran paso dado de frente; pero paso que no se ha conseguido sin gran esfuerzo.

No hay ningun buen ciudadano que no haya cooperado para conseguirlo, con desiguales esfuerzos sin duda, pero con la misma buena voluntad. No os diré la humilde parte de intervencion que he tenido en los grandes acontecimientos acaecidos desde hace un año; vosotros lo sabeis; vuestra misma benevolencia la ha exagerado. Será mi gloria algun dia no haber permanecido indiferente á los grandes hechos ni á los grandes actos. Toda mi conducta política, desde hace un año, puede resumirse en una sola palabra: he defendido enérgica y resueltamente con el pecho y con la pluma, tanto en las dolorosas batallas de las calles como en las luchas amargas de la tribuna, el orden contra la anarquía y la libertad contra lo arbitrario.

Esta doble ley, que para mí es una ley única; esta doble ley de mi conducta, de la que no me he desviado un solo instante, me la dictó la conciencia, y creo que tambien, señores, os la dictará la vuestra. Permitidme decir esto, porque la unanimidad de vuestros sufragios de hace un año y la unidad de vuestras adhesiones en este momento nos dá en cierto modo, á vosotros los mandantes y á mí el mandatario, un alma comun. Os traigo mi cargo desempeñado lealmente. He hecho lo más; he hecho, no todo lo que he querido, sino todo lo que he podido, y me presento ante vosotros con la grave y austera serenidad del que ha cumplido su deber.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE

1848.